

LA ULTIMA MODA

AÑO III

Revista ilustrada Hispano-Americana.

Núm. 150

SUSCRICIÓN PENÍNSULA

	Directa.	Por comisionado.
Tres meses..... pesetas	3	3,50
Seis meses.....	6	7,00
Un año.....	12	14,00

Número corriente, 25 cént. Atrasado, 50.

Madrid 16 de Noviembre de 1890.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

— CLAUDIO COELLO, 13, MADRID. —

Teléfono núm. 2205.

SUSCRICIÓN AMÉRICA

Cuba y Puerto Rico, seis meses. 3 pesos 60 centavos oro
" " un año... 5 " 30 "

NÚMERO SUELTO: Un real fuerte.

Filipinas, un año..... 6 pesos fuertes
En los Estados de América fijarán el precio los señores Corresponsales.

SUMARIO

Crónica, por Blanca Valmont. — Carnet de la Moda, por Clementina. — Explicación de los grabados. — Labores. — Los millones, por Julio Claretie (continuación). — La vida social: las visitas (continuación), por Daniel García. — Conferencias del Doctor: las grietas en las manos, por el Dr. Alegre. — A la luz de la lámpara, por El Abate sustituto. — Preguntas y respuestas, por la Secretaria. — El regalo de este número. — Recetas de la mujer casera. — Meditación. — Novelas selectas ilustradas. — Reclamaciones. — Crónica triste. — Anuncios.

Crónica.

La representación del drama de Sardou, *Cleopatra*, ha sido un acontecimiento en la esfera del arte, no ciertamente por el trabajo del autor, que es sin duda alguna un maestro, pero que esta vez ha quedado eclipsado por la actriz, del mismo modo que ésta por las decoraciones y las magnificencias del espectáculo.

Pero de todos modos la figura de la célebre reina egipcia, los esplendores de su corte y el lujo de verdad histórica que la famosa Sara Bernhardt ha desplegado para presentar en escena a la amante de Marco Antonio, han llamado poderosamente la atención del público, y cada cual, desde su punto de vista, acude al Teatro de la Port de Saint-Martin, quién para profundizar los misterios del corazón humano, quién para



NÚM. 1.—ABRIGO DE LUTO RIGUROSO

NÚM. 2.—SOBRETUDO PARA LUTO

admirar el fausto de aquellos tiempos que dejan muy atrás el lujo de la época actual; quién, en fin, para ver a la reina morir herida por el áspid que no es teatral, sino un áspid real y positivo, por más que afortunadamente tienen el gusto los amigos de la artista de verla buena y sana después de sucumbir en presencia de los emocionados espectadores.

El espectáculo mágico que ofrece esta obra es espléndido marco de miserias y pasiones de todos los tiempos y de todas las civilizaciones. La ambición desencadenando los horrores de la guerra, el amor destruyendo los efectos de triunfos bélicos y sometiendo la paz y el porvenir de los pueblos a los caprichos, debilidades y placeres de los soberanos ó caudillos, cosas son de todas las épocas. El escenario cambia, las figuras son distintas: el fondo es siempre el mismo.

Y la mejor prueba de lo que afirmo es la célebre escena de Cleopatra y el mensajero, que Sardou ha copiado literalmente del drama de Shakespeare, y que el insigne poeta inglés copió de la naturaleza.

La reina egipcia ha llegado a amar con pasión a Marco Antonio y ha puesto a su servicio, para que triunfe de sus enemigos, todos los elementos de que dispone. La victoria ha sonreído al guerrero, y cuando le espera, llega un esclavo a confirmar la victoria

AÑO III.—NÚM. 150.

que ha alcanzado. Cleopatra, feliz, colma de presentes al mensajero; se desprende de sus joyas para regalárselas; la alegría brilla en su rostro. Pero el emisario no ha terminado su encargo; al mismo tiempo que la victoria de Marco Antonio la revela que se ha casado con Octavia. Esta noticia desespera á la reina, y cayendo como un tigre sobre el esclavo, le arroja al suelo, le pisotea, y manda que le maten.

Octavia! ¿Qué mujer es ésa que ha podido arrebatarme su amante? ¿Qué prestigios son los suyos? ¿Cómo ha logrado vencerla en la lid del amor?

El esclavo puede satisfacer esta angustiosa curiosidad que la irrita, y dispone que vuelva á su presencia.

—Habla... ¿quién es esa famosa Octavia? Tú la has visto... ¿dime cómo es?...

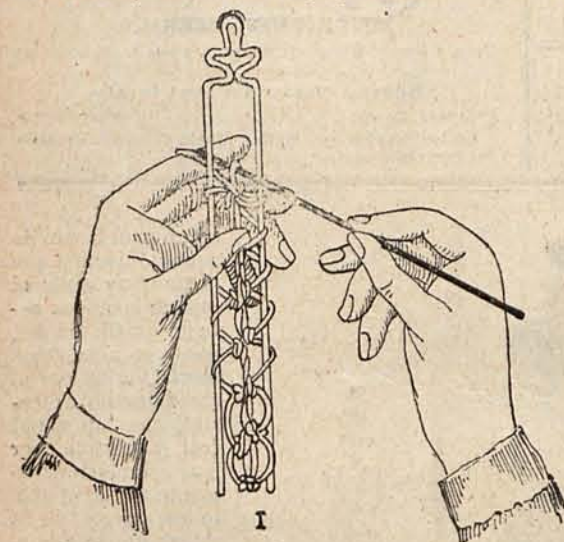
El mensajero describe á la rival... Cleopatra, ansiosa, no pierde ni una sola sílaba de su relato; con su penetrante mirada examina la actitud del esclavo para convencerse de que no la engaña.

La envidiada rival resulta fea, sin expresión, de formas incorrectas, una mujer vulgar. «¡Ah, buen esclavo!» exclama Cleopatra, buscando nuevas joyas para obsequiar al mensajero y disponiendo que respeten su vida y le colmen de agasajos.

Esta escena, que Sara Bernhardt ha interpretado con admirable maestría, con verdadera inspiración, es tan moderna, tan contemporánea; es, en fin, tan humana, que puede asegurarse que en todos los pueblos, en todas las épocas y bajo todos los esplendores del traje y del adorno se ha repetido y se repetirá.

Pero ¿qué diferencia entre aquellos tiempos en los que el cristianismo no era más que un sentimiento, una aspiración, y los actuales, en los que la mujer redimida, cuando sólo se inspira en sensaciones como la célebre reina de Egipto, aparece rodeada del desprecio, aunque cubra su cuerpo con ricas telas y magníficas joyas, y sólo despierta interés cuando sus dudas, sus temores, sus celos, sus martirios nacen de un sentimiento del alma, que lo mismo palpita bajo el humilde vestido de percal de la obrera que bajo el terciopelo y el brocado del espléndido traje de la dama linajada.

Es muy difícil que el arte y el lujo moderno igualen á los que resplandecen



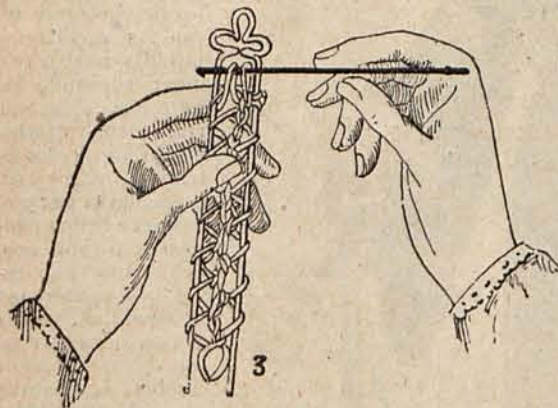
NÚM. 4.—PUNTO Á LA HORQUILLA

en las antiguas civilizaciones orientales; pero en todas aquellas magnificencias no se descubre más que la apoteosis de la materia: el alma no existía; es decir, existía aherrojada, desconocida, y esta es la gran ventaja de los siglos y de las civilizaciones posteriores. Con el cristianismo, la esclava fué señora, y la que parecía señora quedó sumida en la esclavitud.

Cleopatra fascina y horroriza á la vez; se la admira y se la desprecia.

Los accesorios de aquellas escenas de pasión que alentaban á los personajes de los tiempos que precedieron al de la difusión del cristianismo, comprueban mi afirmación de que sólo á la materia se rendía culto en todos los actos y solemnidades de la vida.

El famoso historiador Plinio refiere los detalles del primer banquete que dió Cleopatra en su palacio á Julio César, y voy á reproducir esta relación para que las lectoras vean que, en punto á lujo, no hemos llegado aún, ni con mucho, al que por aquel tiempo desplegaban los soberanos, no de ciudadanos, ni siquiera de súbditos, sino de



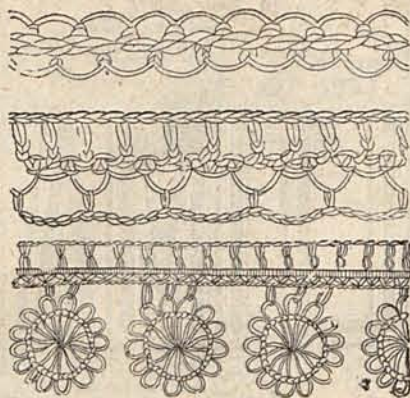
NÚM. 6.—PUNTO Á LA HORQUILLA

siervos. Pero en cambio verán también que en aquellos esplendores faltaba en absoluto todo lo que se relaciona con los sentimientos y las ideas.

«El paraje destinado al festín, cuenta Plinio, parecía un templo. El techo y las paredes ostentaban grandiosos jeroglíficos dorados. Entre las incorrectas figuras aparecían incrustadas, ágatas y otras piedras preciosas. El pavimento de todo el palacio era de ónice; el vestíbulo estaba revestido de máfil. Las puertas eran de magnífico mosaico unas, otras de ébano con relieves de concha y profusión de esmeraldas y rubíes. Por todas partes se veían grandes jarrones de jaspe con preciosos esmaltes, sillones con diamantes incrustados, lechos con ricas colgaduras de oro, escarlata y púrpura.

»En la sala del festín, prosigue el célebre historiador, había numerosas esclavas de todas edades y color; las unas, quemadas por el sol de Etiopía, con los cabellos peinados hacia atrás y recogidos en trenzas, formando en la cabeza diademas enlazadas unas con otras; las otras, de un rubio tan claro, que César afirmó no haber visto ni aun en las orillas del Rhin mujeres de tez más blanca y cabello más plateado.

»Cuando todo estuvo preparado para el banquete, Ptolomeo y Cleopatra, acompañados de César y seguidos de un brillante séquito, penetraron en la sala y se sentaron á la mesa. La Reina había empleado todos los medios de hacer resaltar su belleza para deslumbrar á su huésped. Al mismo



NÚM. 3.—PUNTO Á LA HORQUILLA

tiempo cuidó de que cuanto la rodeaba concudiese al mismo fin. Las mesas eran de ébano sobre pies de máfil. En vasos de oro se veían todos los frutos y las flores de aquel ardiente clima, y en fuentes del mismo metal, enriquecidas con piedras preciosas, aves, pescado, caza, en una palabra, los más suculentos y raros manjares. Urnas de cristal contenían la preciosa agua del Nilo, y en ánforas no menos bellas se guardaban los vinos más estimados en aquellos tiempos. Todos los convidados ostentaban coronas formadas por narcisos y rosas. En lindos pebeteros se quemaban los más deliciosos perfumes, y la atmósfera, saturada de esencias, y los estómagos regalados con manjares y vinos exquisitos, produjeron un dulce y suave sopor, brindando á aquellos cuerpos una embriaguez, un placer y un delicioso desfallecimiento, mientras que los esclavos producían una monótona música y las esclavas cantaban con argentina voz las excelencias de los goces humanos.»

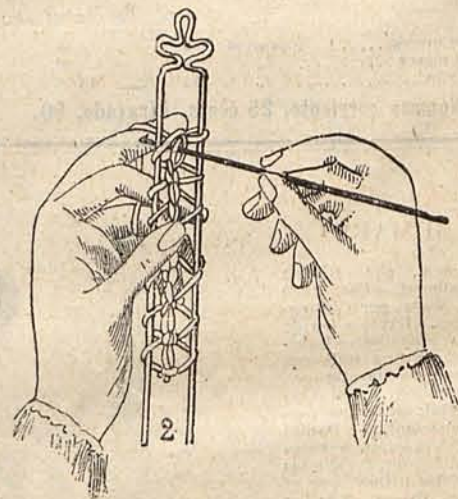
Tal es la descripción de un festín que no es más que la apoteosis de la materia.

La evocación de Cleopatra, de sus pasiones, de sus intrigas, de sus crímenes y del lujo y el fausto de su época, sirven para algo más que para recrear la vista y entretener la ociosidad de los espectadores; sirven para comparar aquellos tiempos con los actuales y convencernos de que los esplendores y las grandezas de la materia son inferiores, aunque deslumbren y fascinen, á los más modestos y humildes goces del espíritu.

BLANCA VALMONT.

Carnet de la Moda.

El cuello Médicis es este año uno de los adornos que más favor alcanza en la corte de la Moda. Su graciosa majestad, unida á lo práctico de su forma, ha sabido conquistar tan envidiable distinción. El cuello Médicis, repito, se encuentra este año, con raras excepciones, en todos los trajes y abrigos elegantes. Es el preferido para adornar abrigos y salidas de teatro. Los cuellos de pasamanería ó terciopelo, guarnecen los escotes de los trajes para visita, calle ó paseo, y en no pocos trajes de teatro, baile ó comida de ceremonia los he visto de filigrana ó fina pasamanería de plata ú oro, cuajados de perlas, esmeraldas, topacios, zafiros y amatistas.



NÚM. 5.—PUNTO Á LA HORQUILLA

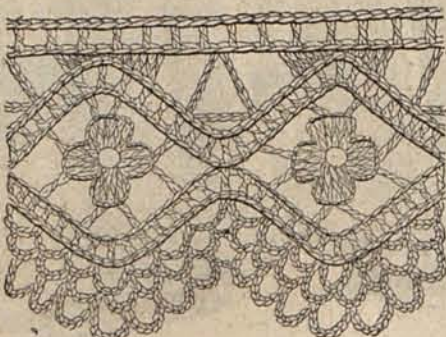
Los trajes que lucen las señoras elegantes en los banquetes y comidas de ceremonia son maravillas de arte y magnificencia. He aquí la descripción de uno de estos trajes, hecho por un acreditado modisto de París. Estoy segura de que mis inteligentes lectoras, apreciando su mérito, convendrán conmigo en la verdad de lo que he expuesto anteriormente. Este traje, forma Princesa, es de rica seda de color amatista. El delantero de la falda tiene un adorno lindísimo. Especie de delantal cónico, formado por un rico y artístico bordado de aplicación, rosas y claveles recortados en encaje antiguo, flores de lis con pistilos de perlas, hojas de terciopelo verde y tulipanes de brocado; todo esto salpicado sobre el fondo de la falda, combinado por las manos de un hada y encerrado en un marco de finísima pasamanería de plata. Larga cola de seda amatista y gasa blanca. En el cuerpo, por cierto muy entallado, se repite el adorno del delantero de la falda, solo que éste está colocado en sentido inverso, y á modo de fichú. Mangas de gasa blanca abullonada; segundas mangas de seda amatista, adornadas con bordados de aplicación y sujetas con aplicaciones de pasamanería de plata. Cuello Médicis de encaje y pasamanería de plata.

Señalaré una fantasía completamente inédita, y atrevida con exceso. Me refiero á la mezcla y combinación de varias pieles de clase y color enteramente opuestos, que se emplea en el adorno de los trajes y abrigos y también en las esclavinas y chaquetas. El efecto que esta novedad produce es en verdad original; pero me atrevo á asegurar que con dificultad alcanzará el favor de las señoras elegantes.

Los dos modelos de abrigos que cito á continuación prometen alcanzar gran boga durante este invierno.

El primero, abrigo *Piel de Asno*, tiene la forma de una larga capa. Está hecho con tisú *Thibet* fondo azul oscuro, granate, verde mirto ó marrón, con grandes arabescos negros. Se adorna con un cuello de rica piel y con tiras de lo mismo, dispuestas á lo largo en los bordes de los delanteros. El interior del abrigo está forrado con pieles. No se puede idear nada tan cómodo, rico y confortable como este abrigo, con el que se pueden desafiar valientemente los fríos y las nieves. Creo inútil añadir que este modelo sólo conviene á las señoras.

El segundo, *chaqueta-dolmán*, es á propósito para señorita



NÚM. 8.—ENCAJE AL CROCHET

Su color más característico es el azul muy oscuro, y le son indispensables, como adorno, el astrakán y las sardinetas y cordone-
rias de pasamanería.

Describo como muy elegante el siguiente traje de paseo para niña de doce á catorce años. Es de lana beige y terciopelo pan tostado. Falda drapeada y plegada, guarnecida con galones de terciopelo. Cuerpo plegado al través, sujeto con un ancho cor-e-
lete de terciopelo, que se cruza delante y se cierra en el costado izquierdo bajo un lazo de terciopelo, formando largas caídas. Mangas lisas. Cuello Médicis y rizadas hombreras de terciopelo. Sombrero Luis XV de paño pan tostado, adornado con plumas de tonos beige.

Los bordados de azabache negro, ya sólo, ya combinado con invisible *soutache*, constituyen una de las novedades de este año, y producen buenos efectos sobre un fondo de terciopelo ó paño color topacio, turquesa, beige ó violeta. La pasamanería de azabache también reaparece, aunque muy lentamente; pero aún no puedo asegurar si ésta alcanzará el favor de que gozó en otras ocasiones.

Los *choubeskis* y estufas movibles se han generalizado lo bastante para que no resulte del todo inoportuna una indicación que me permita hacer á mis queridas lectoras. Cuando una estufa está destinada á caldear una habitación, debe desaparecer por completo á la vista. Su aspecto, por demás prosaico, bastaría para modificar, en mal sentido, el armonioso conjunto de una sala, despacho ó comedor bien amueblado. Un artístico *paravent* pintado ó bordado, ó una pantalla drapeada de forma original, pueden disimular la estufa, y de este modo se consigne lo práctico sin refirir con lo que el buen gusto ordena.

CLEMENTINA.

Explicación de los grabados.

Núm. 1. **Abrigo de luto riguroso.**—De *cheviotte* negra, fruncido todo alrededor en la parte alta del pecho y la espalda y suelto en la cintura. La parte baja se guarnece con crespón inglés. Inmensas mangas, adornadas con tiras de crespón inglés. Sombrero de crespón inglés, adornado con lazos de lo mismo y grupos de plumas negras.

Núm. 2. **Sobretudo para luto.**—Es de paño negro. Los delanteros y el borde inferior se guarnecen con anchas tiras de crespón inglés. Mangas perdidas, adornadas del mismo modo. Esclavina formada por dos cuellos vueltos muy anchos y puntiagudos, montados sobre un cuello Médicis y rodeados de tiras de crespón inglés. Sombrero de paño negro, adornado con dobles cocas de crespón inglés.

Números 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11. (Véase *Labores*.)

Núm. 12. **Cuerpo para teatro.**—Es de muselina de seda color hoja de rosa, menudamente plegado en la cintura en forma de corselete y rayado con ricos entredoses de *guipure*. El borde inferior se rodea con un volante de *guipure*. Cinturón de galón rosa anudado delante. Cuello alto de *guipure* con escarolado de muselina de seda. Mangas huecas con altos puños, adornados con *guipure* y vuelillos escarolados.

Núm. 13. **«Cuello-plastrón» de piel.**

Núm. 14. **Esclavina Souvaroff.**—De piel de nutria, con cuello vuelto y forro de seda capitonada; es un adorno sumamente elegante.

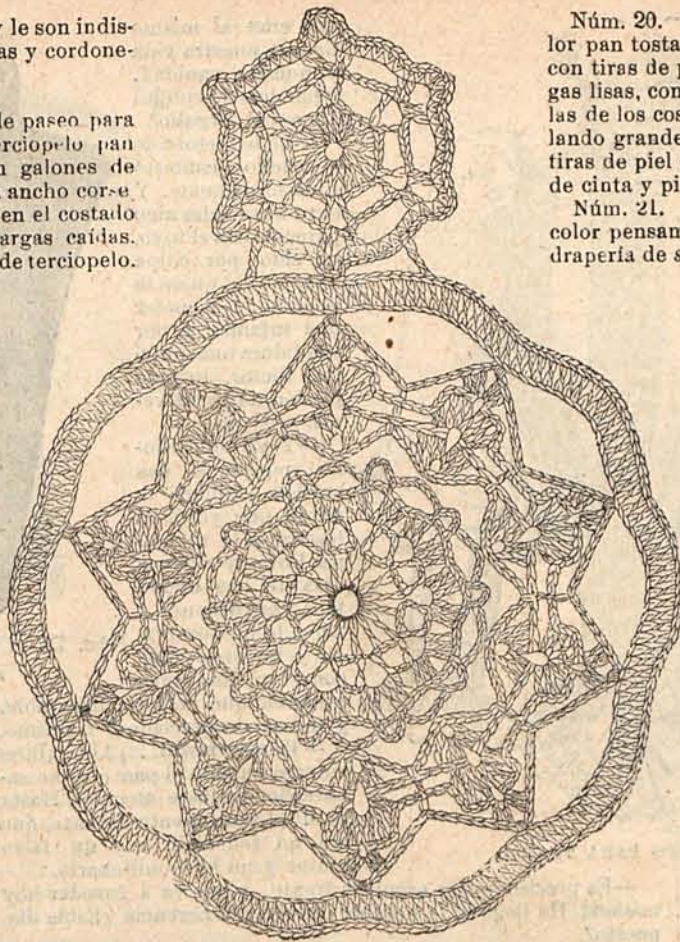
Núm. 15. **«Cuello-plastrón» de piel.**

Núm. 16. **Cuello Valois.**—Es de muselina de seda fruncida y se adorna con ricos encajes.

Núm. 17. **Traje para teatro.**—De seda azul Francia. Cuerpo chaqueta, adornada con bordados de aplicaciones y menudos botoncitos. La parte superior se abre sobre un *plastroncito* de encaje, y la inferior sobre un chaleco de terciopelo, guarnecido con encajes. Mangas lisas bordadas de aplicación. Falda recta, ligeramente drapeada en el delantero. Capota de seda y pasamanería, adornada con flores. Tela necesaria: 18 metros de seda.

Núm. 18. **Traje para calle.**—De paño gris hierro. Larga levita con grandes solapas, abierta sobre una falda de la misma tela, bordada de *soutache*. Cuello, cinturón, hombreras y puños de pluma gris. Dos lazos de cinta cierran el cuello y el cinturón. Sombrero de paño gris, adornado con cocas de cinta y flores de azabache.

Núm. 19. **Traje para visita.**—Cuerpo corto de lana verde mirto, adornado con un estrecho *plastrón* de pasamanería y dos tiras de terciopelo verde oscuro. Mangas de terciopelo. Falda de lana, drapeada y plegada. Una ancha tira de terciopelo y una guarnición de pasamanería rodean la parte baja. Capota de terciopelo verde oscuro, adornada con plumas verde mirto. Tela necesaria: 9 metros de lana, doble ancho, y 5 de terciopelo.



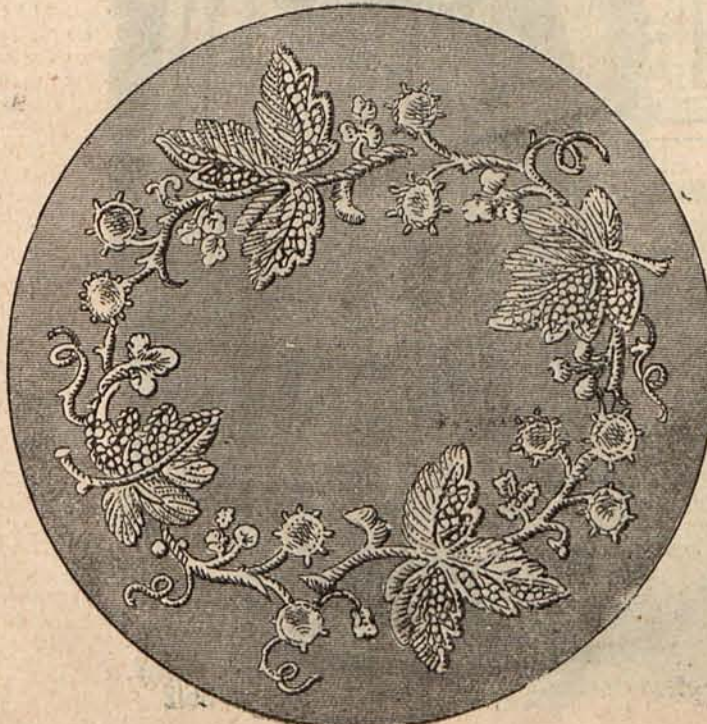
Núm. 9.—ESTRELLA AL CROCHET

Núm. 8. **Encaje al «crochet».**—Esta linda y fácil puntilla se emplea en el adorno de ropa interior para señoras y niños. Se ejecuta con hilo muy fino y con un *crochet* nada grueso.



Núm. 10. MOTIVO AL «PLUMETIS»

nan son de tonos verde, hoja seca, y los botoncitos encarnados y de color de rosa.



Núm. 11.—PLATILLO BORDADO

Núm. 20. **Traje para calle.**—Chaqueta larga de paño color pan tostado, abierta sobre un *plastrón* blanco y adornada con tiras de piel de carakul, en forma de cuello moscovita. Mangas lisas, con puños de piel. Falda recta, plegada detrás. Las pa-las de los costados se adornan con aplicaciones de piel simulando grandes botones. El delantero se guarnece con anchas tiras de piel de carakul. Sombrero de paño, adornado con cocas de cinta y pieles. Tela necesaria: 8 metros de paño, doble ancho.

Núm. 21. **Traje para visita.**—Cuerpo corto de rico paño color pensamiento. El delantero desaparece bajo una graciosa drapería de *surah* brochado amatista y pensamiento, sujeta con escarapelas de lo mismo. Mangas de *surah* brochado con hombreras rizadas. La falda es de paño, plegada detrás y abierta sobre un ancho delantero de *surah* brochado. Sombrero Maria Stuard de paño pensamiento, adornado con escarolados y plumas amatista. Tela necesaria: 11 metros de paño, doble ancho y 10 de *surah*.

Núm. 22. **Bata elegante.**—Es de seda *pekinée* color nutria, forma Princesa. La parte de falda se pliega en la parte de detrás. Delantero de seda brochada de tonos beige y rosa, formando en la parte alta del pecho ligera chorrera. Mangas lisas, con hombreras huecas. Un cordón de pasamanería de seda nutria, beige y rosa, se anuda flojo sobre el delantero. Tela necesaria: 10 metros de seda *pekinée* y 6 de seda brochada.

LABORES

Núm. 3. **Puntilla á la horquilla.**—El punto que sirve de base á esta puntilla es por demás conocido. Se ejecuta con un *crochet* y una horquilla de mayor ó menor tamaño. Se trabaja en el interior de la horquilla, volviendo ésta después de terminado cada uno de los puntos.

Números 4, 5, 6 y 7. **Diversos puntos hechos á la horquilla.**—Estos no requieren más explicación que el grabado, en el que se encuentra muy marcada la manera de ejecutar cada uno de estos puntos.

Núm. 9. **Estrella al «crochet».**—Se empieza por una cadeneta de 12 puntos, con la que se forma un redondel, y sobre éste se hacen 30 bar., separadas por 3 de ca.—Segunda vuelta: presillas de 5 puntos de cadeneta.—Tercera vuelta: 3 bar., 1 de ca., 3 bar., 1 de ca., 3 bar., 3 bar.—Cuarta vuelta: presillas de 5 de ca., separadas por 7 de ca.—Quinta vuelta: 6 de ca., 3 bar., 3 de ca., 3 bar., 6 de ca.—Sexta vuelta: un punto sencillo, 9 bar. sobre los 3 de cadeneta de la vuelta anterior, 2 de ca., un punto sencillo, 2 de ca., 9 bar.—Séptima vuelta: un punto sencillo, 5 de ca., 3 bar., 3 de ca., 3 bar., 5 de ca.—Octava vuelta: 15 de ca., se pica, 15 de ca.—La última vuelta se compone de barras compactas.

Núm. 10. **Motivo al «plumetis».**—Se borda con algodón blanco sobre batista ó fino percal.

Núm. 11. **Platillo bordado.**—Para palmatoria ó jarroncito. El fondo es de paño bronce. Este bonito bordado se ejecuta al pasado, y las hojas que le adornan son de tonos verde, hoja seca, y los botoncitos encarnados y de color de rosa.

LOS MILLONES

POR JULIO CLARETIE

(Continuación.)

—Irrevocable.

—Pues bien, balbuceó Oliverio con cierta timidez; en ese caso... me atrevería á expresar á usted todo el afecto que siento hacia su adorable hija, y por lo mismo á pedirle...

Ribeyre le comprendió, é interrumpiéndole vivamente:

—¡Silencio! Ni una palabra más por ahora, le dijo Usted no puede resolver.

—Mi voluntad no ha de cambiar, cualesquiera que sean las circunstancias, añadió el joven con firmeza.

—Sí, ya sé que usted es de los que no sacrifican por nada del mundo su independencia; pero mi hija también ha hablado de su voluntad. De todos modos, querido mío, no tenga usted impaciencia; pronto saldrá de dudas.

Ribeyre se estremecía, aunque alegremente, cada vez que oía sonar el timbre de la puerta de la calle.

Una lámpara iluminaba el salón. Victor pidió más luces...; quería claridad, mucha claridad. Genoveva y Andrea esperaban ansiosas en el próximo gabinete. Muy pronto se hallarían reunidos en el salón todos los miembros de la familia.

AÑO III.—NÚM. 159,

—¡Qué alegría!... ¡Oh!... ¡Qué alegría! pensaba Víctor.

Y preguntaba á menudo el doméstico: ¿quién ha llamado? Luis entró, y al verle Víctor, dijo de pronto á Oliverio:

—Tengo que hablar con mi primo. ¿Quiere usted hacer el favor de dejarnos un momento á solas? Mi esposa y mi hija tendrán mucho gusto en ver á usted. Dos minutos nada más.

Víctor ansiaba conferenciar con el pintor.

Oliverio pasó al inmediato gabinete, y en cuanto quedaron solos, Luis comprendió en la mirada de Víctor lo que iba á decirle, y exclamó:

—He recibido tu carta. ¿Qué hay de nuevo?

Víctor, después de observar si estaban las puertas bien cerradas, respondió:

—Lo que hay es que dentro de un momento vamos aquí á jugar los dos el todo por el todo.

—¿Los dos?

—Sí, es necesario sacar á salvo nuestro honor mancillado. ¡Sí, Luis!... es necesario que volvamos á abrigar en nuestra alma aquellos sentimientos

que eran al mismo tiempo nuestra vida y nuestra vanidad. ¿Qué has hecho? ¿Tú de aquel orgullo?...

—Le he retorcido el cuello, contestó Luis sordamente. Y si tú has hecho algo parecido con el tuyo, ha sido por culpa mía. Yo fui quien te impulsó á cometer una infamia, y por añadidura una tontería. Víctor, te pido perdón de todas veras.

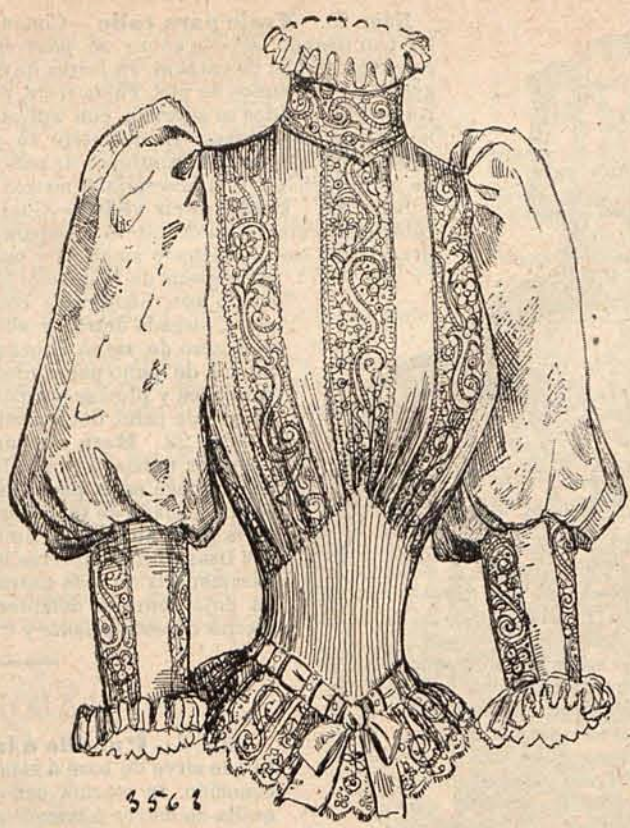
—Y yo te perdono, porque si has sufrido siquiera la mitad que yo, bien has expiado tu culpa. Durante algunos días te has creído feliz, pero después... ¡oh!... te he observado y he visto que, como yo, has comprendido que eras un miserable, y te has despreciado á ti mismo.

—Tienes razón... ¡Ah!... ¡Bien amargo ha sido el pan que he saboreado en este tiempo! Hasta perdí el sentimiento del arte, que era mi felicidad. Soy un falso pintor y un falso millonario.

—Es preciso ¡poder eruir la frente, y eso va á suceder hoy mismo... Ha llegado la hora de devolver la herencia. ¿Estás dispuesto?

—Con alma y vida. ¿Y tú me lo preguntas?

—Venga esa mano, Luis. ¡Gracias... gracias de todo corazón! —Pero ¿y tu esposa? preguntó el pintor.



Núm. 12.—Cuerpo para teatro



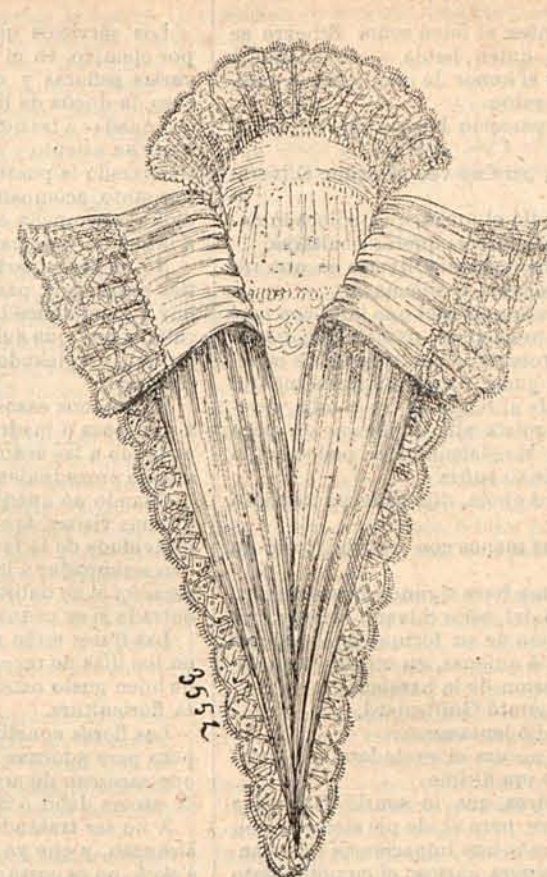
Núm. 13.—Cuello plastrón de piel



Núm. 14.—Esclavina "Souvaroff"



Núm. 15.—Cuello plastrón de piel



Núm. 16.—Cuello Valois



Núm. 17.—Traje para teatro

Núm. 18.—Traje para calle



Núm. 19.—Traje para visita

Núm. 20.—Traje para calle



Núm. 21.—Traje para visita

Núm. 22.—Bata elegante

detrás, en el dintel de la puerta, apareció la automática miss Barker. El señor Auboin es quien lo explicará.

Guillemard tuvo tiempo de indicar á su primo que abrigaba fundadas esperanzas de conjurar la ruina de que se veía amenazado. ¡Quién había de pensar que los carbones de Saint-Luc podrían sacarle del apuro! ¡Decididamente era hombre de suerte!

—Pero la compra es formal? preguntó Víctor.

—Muy formal. He aceptado las condiciones de los belgas: me encuentro con una fortuna inesperada, y todo gracias al señor Girard. ¡Ya

sabía yo que era mozo de provecho! Con tal habilidad se ha conducido, con tanto acierto y prontitud, que terminó el negocio antes de que en Mons se supiera la infamia que me ha hecho Rodillon.

—¿De modo que el negocio es cosa hecha?

—¡Ya lo creo! Por telégrafo lo hemos arreglado todo.

La puerta del gabinete se abrió, y apareció Genoveva procurando sonreír, pero muy pálida; detrás de ella penetraron en el salón Andrea, también muy afectada, y Oliverio, que la miraba con inquietud.

—¿Qué tienes? preguntó Raimunda á su prima, yendo á su encuentro para besarla. ¡Cualquiera diría que estabas temblando!

—Es que hace mucho frío en el gabinete.

Los ojos de Genoveva buscaban con ansiedad el rostro de su esposo.

Cuando todos se hallaban reunidos en el salón, Víctor pronunció algunas palabras al oído del señor Auboin, que estaba sentado delante de la mesa, donde había dejado antes la cartera; y poco después reinaba el mayor silencio en aquella habitación, alterado únicamente por la fuerte respiración de Guillemard, quien por añadidura no podía estar quieto.

—¿Qué significa todo esto? pensaba Emilio.

Genoveva ofrecía el aspecto de un reo que espera de un momento á otro ser degradado públicamente.

No ignoraba que en breve iba á ser despojada de aquel lujo que tanto había deseado, que tan feliz la hacía al poseerlo, y que tan poco iba á durar para ella.

De pronto el señor Auboin, reclamando la atención de los circunstantes, se expresó en estos términos, con cierta solemnidad:

—Mis queridos clientes: el buen señor Ribeyre se empeña en que sea yo quien hable, y, accediendo á sus deseos, voy á tener el honor de manifestar á ustedes el objeto de esta reunión.

Los ojos del notario parecían buscar algo en la penumbra.

—Dispensen ustedes, pero no veo al señor Oliverio Giraud, añadió.

—Aquí estoy, respondió el joven, que, colocado entre Andrea y miss Maud, parecía querer ocultarse.

—¿Qué diablo tendrá que hacer Oliverio en una reunión de familia? se preguntó Guillemard.

El corazón del joven era quizás el que latía con más violencia en aquellos momentos: parecía que estaba allí para defender y proteger delante de todos la venerable memoria de su querida muerta: ¡de su madre! Si el viejo Ducrey, desde el fondo de su tumba, revelaba el secreto, él se erguiría allí públicamente para contar muy alto lo que Magdalena había padecido, lo que el viejo la había hecho sufrir.

—Hable usted, señor Auboin, dijo Ribeyre, nervioso é impaciente.

El notario se frotó las manos con lentitud, tosió un poco, y prosiguió:

—Mis queridos clientes: hace algunos meses fui portador de un testamento del señor Silvano Ducrey, por el que declaraba heredero de su fortuna á los señores Víctor y Luis Ribeyre, á quienes, en virtud de su derecho, di en breve posesión de la herencia.

—Bien... ¿y qué? preguntó Guillemard.

El señor Auboin añadió lentamente:

—Aquel testamento no era el verdadero, ó, en términos más precisos, no era último.

Oliverio miró á Andrea, que le sonrió; Genoveva fijó sus ojos en Ribeyre; pero él, de pie siempre, con la frente erguida, mostraba una impaciencia semejante á la del niño que espera curioso el cumplimiento de un deseo.

—El testamento definitivo de Silvano Ducrey, continuó el notario, firmado por él mismo tres días antes de su muerte, ha venido á parar á mis manos posteriormente; el señor Víctor Ribeyre, á quien el testador lo dirigió, según puede verse en el sobre, es quien me lo ha transmitido, y yo, en virtud del ministerio que ejerzo, le he reconocido como el único válido, como el único que puede tener fuerza de obligar. Aquí está, añadió sacando de la cartera un papel bastante arrugado; y, conforme á la voluntad de mi cliente el señor Ribeyre, á quien no puedo menos de felicitar por el desinterés y la nobleza que entraña su determinación, añado mirando á Víctor, que se puso pálido como la cera, voy á dar lectura de dicho documento.

—¡Cómo! exclamó Guillemard. ¿Es Ribeyre quien de *motu proprio* ha presentado ese papel?

—Sí, amigo mío, él mismo, dijo Luis como echando una bravata, mientras que Genoveva pensaba:

—¡La desgracia... la desgracia vuelve á posar su helada mano sobre nosotros!

Entonces, en medio del mayor silencio, y como si la voz del viejo fuera la que resonara, el señor Auboin leyó el papel que Víctor sabía de memoria, y que Luis escuchaba, diciéndose con amargura:

—Sí, eso es; eso es.

—Mi querido Víctor, leía el notario; he podido abrigar, y he abrigado, la idea de partir mi fortuna contigo y con Luis Ribeyre.

—Dispensen ustedes que lo lea todo, porque es la voluntad de mi cliente.

«Pero después he reflexionado. Tú eres una especie de soñador muy poco práctico, y el dinero que de mí recibieras, y que he ganado con tanta dificultad, se te iría fácilmente de las manos. En cuanto á Luis Ribeyre, su filosofía desdeñosa, que tantas veces me ha expuesto, le hace lo suficientemente rico para que necesite de mi dinero. No dejo nada á Luis Ribeyre, y á tí sólo te dejo el placer de ser el ejecutor de mi voluntad.»

Raimunda estaba cerca de Andrea, y le dijo:

—¡Valor, querida mía!

Andrea, sonriéndose, respondió con calma:

—Le tengo, no lo dudes.

Víctor, acercándose á Genoveva, porque notaba que desfallecía, repitió en su oído, con voz temblorosa, lo que dijo á Luis en el jardín de Ville d'Avray: «En nombre de mi hija y de tu dignidad, sé fuerte.»

(Se continuará.)

La Administración de LA ÚLTIMA MODA tiene el mayor gusto en evacuar cuantos encargos se sirvan hacerle las señoras suscriptoras. —Estas deberán enviar el importe de los artículos que deseen, al hacer el pedido.

LA VIDA SOCIAL

USOS, COSTUMBRES Y CEREMONIAS

LAS VISITAS

(Continuación.)

¡Feliz la señora que posee una hija en edad de auxiliirla, una hermana menor ó alguna pariente joven, á quien poder confiar parte de los cuidados que exige la recepción de visitas!

Los servicios que pueden prestar son preciosos, por ejemplo, en el momento en que se retiran una ó varias señoras y quedan otras en el salón. En este caso, la dueña de la casa no puede abandonarlas para acompañar á las que se alejan, limitándose á levantarse de su asiento y á permanecer de pie hasta que han traspasado la puerta las que se marchan. No puede, por tanto, acompañarlas hasta la antesala, y la ayudante desempeña esta misión de cortesía, sin obligar á la señora de la casa á dejar solas á sus amigas.

No en todas partes hay lacayos que separen el portier para abrir paso; pero de todos modos siempre hay alguna doncella destinada á abrir la puerta de la calle, y hay que avisarla, bien por campanillazo ó mejor aún, empleando el servicio moderno de timbres eléctricos.

En algunos casos, el esposo ó el hijo mayor auxilian á su esposa ó madre en los días de recepción, acompañando á las señoras hasta la puerta y empleando el mismo procedimiento respecto de los caballeros.

Cuando no queda nadie en el salón, al retirarse las últimas visitas, tanto la señora de la casa como los individuos de la familia que se hallen á su lado, deben acompañar á las que se van hasta la puerta de la escalera si se habita en un piso, ó hasta la puerta de entrada si se ocupa un hotel ó casa aislada.

Las flores están muy de moda, y por regla general; en los días de recepción los gabinetes de las señoras de buen gusto ostentan los más bellos productos de la floricultura.

Las flores constituyen sin duda un lujo encantador, pero para adornar los salones es necesario escoger las que carezcan de aroma, ó por lo menos las que sean de aroma débil ó delicado.

A no ser tratándose de las fiestas que tanta boga alcanzan, y que ya conocen las lectoras llamadas *five o'clock*, no es costumbre obsequiar á las visitas como sucede en dichas recepciones, en las que se ofrecen té, pastas, licores, etc.

Hay ciertas circunstancias en las que una señora poco experimentada puede verse en algún apuro. Por ejemplo, una señora joven no debe recibir á los amigos de su esposo mientras éste esté ausente, á no ser en el día que destine á recepción general. Sin embargo, puede ocurrir, por inadvertencia del doméstico que abra la puerta ó porque la misma dueña de la casa, en ausencia de los servidores, se ve obligada á abrir, y no tenga más remedio que recibir á un caballero.

En este caso debe dejarse abierta la puerta de la habitación en donde le recibe, y observará gran reserva en su conversación, procurando no dar lugar á que se prolongue la visita.

Si, por el contrario, es el marido quien recibe á las amigas de su mujer, procurarán éstas no permanecer en su compañía más que algunos instantes, manifestando que su único objeto es saludar á la señora, y alegando que no pueden detenerse por tener que hacer aún otras visitas.

Como regla general, indicaré que á todas las personas que nos favorecen con su presencia debemos dispensarlas una acogida igual, salvo ligeras excepciones, que no deben ser perceptibles más que para los que son objeto de nuestra preferencia.

Los que visitan deben dejar en la antesala ó en el vestíbulo los abrigos, paraguas, etc. Las señoras conservan la sombrilla ó el antecala, el boa y el manguito para entrar en el salón. Los caballeros dejan, como he indicado, el abrigo, pero no el sombrero ni el bastón.

Las personas que visitan deben presentarse vestidas con esmero. Cuando las señoras van en coche á visitas, pueden desplegar un lujo, una originalidad que no parecen propias de las que van á pie; pero estas últimas no por eso deben prescindir de la elegancia, para hacer honor á las personas que las reciben.

Los caballeros, para visita, usan levita hasta el anocheecer, y por la noche frac. En el campo puede permitirse un terno, á no ser que se trate de recepciones de ceremonia.

Al entrar en el salón la señora ó el caballero, lo primero que deben hacer es saludar á la señora de la casa, interesándose por el estado de su salud, y después se limitan á saludar á los circunstantes con un ligero movimiento de cabeza. Si entre los que se hallan en el salón hay algún amigo, deben apresurarse á estrechar su mano.

Mientras dura la visita, el caballero conserva el sombrero en la mano, sin abandonarlo un instante. Por ningún concepto debe dejar ni el sombrero ni el bastón sobre algún mueble.

Si la señora de la casa se halla sola para hacer los honores y hay caballeros de visita, éstos deben levantarse, abrir la puerta ó descorrer el portier para que salgan las señoras que se alejen, y esto aunque no las conozcan. Jamás peca el hombre por exceso de cortesía en favor de la mujer.

No se debe tener un aire glacial para con las personas á quienes se encuentra en el salón, ó que lleguen después; por el contrario, hay que mostrarse afable con todo el mundo, hasta con las personas que nos son antipáticas.

Con tacto y energía bien educada se mantiene á los impertinentes en el límite en que deben permanecer,

no siendo necesario, por tanto, adoptar para con ellos un tono impertinente ni un aspecto severo.

En sociedad nadie tiene derecho de hacer sufrir á los que le rodean.

Algunas madres jóvenes cometen el desacuerdo de llevar á sus bebés á las visitas. Es el mayor suplicio que se puede causar á una señora que se esmera en cuidar su mobiliario y las mil chucherías con que adorna el salón.

Por bien educados que estén los niños, después de permanecer cinco minutos inmóviles y tranquilos, sus piernecitas se ponen en movimiento, golpean las sillas; sus preciosos dedos, armados de finas uñas, destruyen el raso de los sillones; pero después impacientes, y no pudiendo resistir la inmovilidad, se levantan de sus asientos, y no hay para qué decir que corren peligro los objetos que se hallan á su alcance.

La señora de la casa se sonríe; á las reprensiones que da la madre al niño contesta con la boca chiquita que no le molesta, que le dejen hacer lo que quiera, jangleito de mi alma! Pero la verdad es que á cada instante está temiendo que se deteriore algún objeto de los que con tanto interés cuida, y pasa un verdadero suplicio.

Sin embargo, se puede llevar á los niños á las casas en donde se sabe que han de hallar compañeros de su edad. En este caso no permanecen en el salón; se van con los criados ó al *cuarto de los leones*, ó al jardín, y no haya miedo de que suceda lo que teme la señora que recibe al ver entrar en su salón á los lindos piquetuelos.

Para poner término á la visita, se espera á que se calme un tanto la conversación; y cuando esto sucede, se aprovecha la oportunidad para saludar á la señora de la casa, inclinarse cortésmente, y desaparecer con rapidez.

Si alguna persona acompaña á las que se alejan, es necesario no obligarla á que permanezca mucho tiempo fuera del salón; y si no hay nadie que pueda desempeñar aquel acto de cortesía, suponiendo que la señora de la casa ha de sentirlo, debemos procurar desaparecer pronto de su vista, para que su impresión desagradable ó su sentimiento desaparezcan también con rapidez.

DANIEL GARCÍA.

(Se continuará.)

A toda reclamación ó renovación de suscripción debe acompañar el número de orden de la señora suscritora. Por lo menos deberá indicarse el punto de residencia.

CONFERENCIAS DEL DOCTOR

LAS GRIETAS EN LAS MANOS

Hay muchas personas que apenas comienzan los primeros fríos, ven sus manos llenarse de grietas, que son molestas y á veces dolorosas. El medio de evitar que esto suceda no es cosa difícil. Por de pronto, huirán de todo contacto con los líquidos irritantes, lejías, carbonatos, etc. Además, para lavarse emplearán agua cocida, después de dejarla enfriar, jabón de clases superiores ó pasta de almendras. Los guantes para salir á la calle son de imprescindible necesidad.

Si estos sencillos remedios no bastan, habrá que recurrir, para quitar las grietas, á la receta del doctor Manin, mi colega francés, que es como sigue:

Agua de lechuga.....	200 gramos.
Glicerina.....	50 —
Tintura del Perú.....	15 —
Salicilato de sosa.....	4 —

Con esta loción se untarán dos veces al día las manos agrietadas, en la seguridad de obtener gran alivio, y, por regla general, la curación completa.

Hay otras varias fórmulas, no menos provechosas para el caso:

1. ^a —Lanolina.....	15 gramos.
Vaselina.....	10 id.
Tanino.....	5 centigramos.
2. ^a —Glicerolado de almidón...	40 gramos.
Acido bórico.....	3 id.
3. ^a —Mentol.....	1 gramos 50 centigramos.
Salol.....	2 id.
Aceite de oliva.....	10 id.
Lanolina.....	50 id.

Con cualesquiera de estas tres pomadas se untan ligeramente las manos agrietadas, y cuando al mismo tiempo se toman las precauciones indicadas para contrarrestar la acción del frío, el resultado es siempre satisfactorio.

Pronto dedicaré algunas líneas á exponer los mejores medios de combatir á los pícaros sabañones, enemigos implacables de las epidermis delicadas en cuanto se deja sentir el frío.

Las manos femeniles deben ser objeto preferente de atención.

DR. ALEGRE.

Todos los cambios de residencia exigen un nuevo servicio de fajas, y al anunciarlo se remitirán 25 centimos como compensación del servicio que se inutiliza.

A LA LUZ DE LA LAMPARA

La crisis de la carne.—Solución del problema.—El estómago y la cabeza.—Los poetas y la alimentación.—El mejor colorete.—Consecuencias del conflicto.—Diálogos edificantes.—El servicio doméstico.—Los criados de antes y los de ahora.—Una cocinera que recibe.

Cuando estas líneas tengan la dicha de reflejar las miradas de las lectoras, se hallarán éstas más poéticamente impresionadas que en las postrimerías de la semana anterior.

Entonces no había más que una preocupación vulgar, y sin embargo importantísima. La carne, la prosaica carne, se había elevado á la categoría de acontecimiento social, económico, y poco le faltó para llegar á ser político.

Si los carniceros, los abastecedores y el Ayuntamiento no imitan á los niños que juegan á «marido y mujer incomodados», es decir, si no convienen en que primero pida perdón el más débil, sabiendo de ante mano que será perdonado por el más fuerte, ó el Municipio se transforma en una gran empresa mercantil de artículos de primera necesidad, ó seguimos aún condenados á vivir sin el tercero de los enemigos del alma.

Las conversaciones, lo mismo á la luz del sol que á la luz de la lámpara, han sido eminentemente culinarias, y las más bellas y elegantes damas y las más poéticas y nerviosas señoritas no se han desdado en prestar sus más dulces y argentinos acentos para lamentar la huelga de los antiestéticos tableros.

Se acabaron aquellos tiempos románticos en los que estaba representado el amor, desde el punto de vista gastronómico, por el sencillo pan y la cándida cebolla. Hoy son indispensables la turgente chuleta de ternera y el succulento solomillo de vaca; es cosa demostrada que sólo después de calmar los apetitos del estómago permite este servidor y amo á la vez, que la cabeza piense y el corazón sienta. Los mejores poetas franceses, Lamartine y Víctor Hugo, comían bien; en España, Campoamor figura entre los terederos más selectos y distinguidos; Manuel del Palacio recuerda á los orondos y sabrosamente alimentados frailes jerónimos, y Núñez de Arce, si es excepción en este caso, lo debe á la sensible enemistad en que viven desde hace mucho tiempo su cabeza y su estómago.

Comer bien y digerir mejor, dicen los tratadistas, es el mejor colorete que pueden usar las damas que desean tener buen color. Por estas y otras consideraciones no menos atendibles, la crisis de la carne ha preocupado á todas las clases que pueden permitirse el lujo de ser carnívoras, y si no ha habido un conflicto popular, se debe á que son pocos los menestrales que sostienen frecuente trato con la tapa, contratapa, falda y morcillo de las reses destinadas á producir la fibra en el cuerpo humano.

Por fortuna, las diferencias se arreglaron, gracias á Ducacal, que es una verdadera panacea, y hemós podido saborear de nuevo los filetes y los *beefsteaks*; pero la perturbación que ha introducido en las casas la cuestión suscitada entre el Ayuntamiento y los proveedores sigue y proseguirá por mucho tiempo.

Las cocineras de cartel y las maritornes que sirven para todo, han vivido á sus anchas durante algunos días.

Salían temprano y volvían después de haber pasado ocho ó diez horas, formando animados corros en calles y plazuelas, hablando por los codos primero de la carne y luego de sus amos, y, por último, de sus semejantes.

—Hoy no me refirirá mi ama.
—Y si riñe que riñe! Así como así, no le faltará motivo para rabiarse. ¡Me voy como he venido!
—¡Pues á mí me sucede lo propio!
—¡Yo he pescado unos huesos!
—¿Y con ellos vas á dar de comer á tus amos?
—¡Naturalmente! Alguna vez había de tocarles roer el hueso.

—Es un gusto eso. Yo he aprovechado las mañanas en hacer algunas visitas que tenía atrasadas.

—¡La libertad, hijal... No hay nada como la libertad.
—De todos modos comemos y sin trabajar. Los amos piden á la fonda, y se da una un festín.

—El bolsillo lo paga; pero anda y que lo aflojen. Para eso le sacan á una el jugo durante el año.

Después de estas y otras conversaciones todavía más naturalistas, al volver á casa, en vez de la reprimenda, veían á sus amas salir á su encuentro y hasta compadecerlas por haber estado de plantón y haciendo cola entre los del Orden público.

Todo esto ha relajado más y más la disciplina, y puede asegurarse que en la semana actual las discusiones entre amas y criadas, las riñas, las despedidas y las dimisiones (que también las domésticas dimiten), han menudeado como nunca, haciendo del ramo de las criadas un verdadero ramo de ortigas.

¿En dónde están aquellos fieles servidores que envejecían prestando con lealtad y hasta con abnegación servicios á sus amos?

Ya no se ven más que en las comedias de Moratín ó en las de Bretón.

Pero también debemos preguntar: ¿en dónde están aquellos amos que, apreciando los buenos servicios, habían recompensar á los servidores?

Hoy es cosa acordada por ambas partes beligerantes, que el criado es un enemigo del amo, y el amo un enemigo del criado. Se sufren, se toleran, pero no se estiman. El amo quiere, por regla general, explotar al criado, sin perjuicio de desprenderse de él cuando no le necesite, ó pueda reemplazarle por otro que le ofrezca más ventajas. Los fámulos aprenden la lección y la practican.

Antes una doméstica consideraba como un bien permanecer mucho tiempo en el seno de una familia; se veía tratada con consideración, con afecto, y hacía todo género de méritos para alcanzar la protección y el cariño de sus amos. Salía de su lado para casarse, y por regla general sus señores eran padrinos de la boda. Si no tomaba estado, continuaba sirviendo con fidelidad, llegaba á formar parte de la familia, y estaba seguro de que ni en sus enfermedades ni en su vejez se vería abandonada.

Hoy raro es el criado que toma ley á la casa en que sirve, que agradece el pan que come. En la sección de doncellas y ayudas de cámara todavía se hallan restos del pasado. Yo sé de una joven agraciada, doncella de una señora que ha padecido la enfermedad reinante, que no ha querido separarse de su ama y que la ha asistido con verdadero cariño. Esta es la excepción; pero, en fin, todavía hay excepciones en lo que podríamos llamar el servicio más inmediato á los amos.

El ramo de cocineras, indispensable si hemos de comer bien, carece de excepciones como las que he indicado.

La regla general es que, si guisan bien, se den más tono que la Patti, se impongan y hagan su voluntad; y si guisan mal, que aspiren á hacer lo mismo que las que al fin y al cabo pueden indemnizarnos de los disgustos que nos proporcionan, ofreciéndonos sabrosos, aunque caros manjares.

En un elegante gabinete repetía una señora, muy mujer de su casa, el diálogo que había sostenido con una aspirante á dominar en su cocina.

—¿Usted sabrá guisar?
—Mejor que los cocineros, señorita; mucho mejor, y con más *femura*.

—Perfectamente: ¿y cuánto gana usted?
—Eso es según: ¿quién ha de ir á la compra?
—Usted.

—¿Y cuánto da la señora de diario?
—¿Es preciso decir á usted lo que se gasta cada día?

—Naturalmente... para yo echar mis cuentas.
—Pues tres ó cuatro duros.

—Poco es eso, señora, para que pueda una lucirse. Pero, en fin, por ese lado no hemos de tener *custiones*. La señora me dará nueve duros de salario.

—Nunca he pagado más que seis, y he estado bien servida.

—Por eso precio no puede la señora tener más que cocineras de poco pelo. Pero como los tiempos están malos, la señora me dará ocho y me conformaré.

—Si usted los gana...
—¿Hay á menudo convites?
—Casi nunca.

—Eso es malo, porque no puede una lucirse.
—Se luce usted para nosotros.

—Sí, ya lo sé; pero no es lo mismo, señorita. En fin, la casa no me desagrada, y me quedará. ¡Ah! Se me olvidaba. ¿Supongo que, después de servir á los señores la comida, podrá salir todas las noches?

—Eso de ningún modo. Saldrá usted á los recados, y los días que la toque.

—Lo siento mucho; pero no me conviene el trato. Yo necesito salir todas las noches, á no ser que me deje la señora que reciba á mis relaciones en su casa.

Claro es que la señora la dejó salir para no volver. Con la llamada crisis de la carne estas pretensiones se han generalizado de tal modo, que ya son pocas las que no juzgan necesarias para su recreo dos ó tres horas de compra.

Y lo que ellas dicen:
—¡Variando de casas se aprende á vivir, y no se aburre una de ver siempre las mismas caras!

Si las amas de casa no se preocupan de esta cuestión importantísima, aunque muchas la juzguen baladí, dentro de poco el servicio doméstico quedará fuera de servicio.

Los buenos amos hacen los buenos criados. Y los buenos criados contribuyen, con sus indispensables servicios, á que nos demos buena vida.

En este caso, el interés y la caridad de los criados marchan de acuerdo con el interés y la conveniencia de los señores.

Notarán las lectoras que esta vez se han tratado á la luz de la lámpara asuntos más de antesala que de sala; más de cocina que de gabinete.

Pero pronto van á explicarse la causa de este cambio sensible para ellas.

El *Abate número 1* ha sufrido los efectos del viento del Guadarrama, y, con gran pesar suyo y mío, y seguramente de las lectoras, está viviendo á la luz de la lamparilla entre mantas y tisanas, lo que le priva de contar las interesantes y amenas cosas que tan gallardamente refiere todas las semanas.

¿Qué había de hacer el *Abate número 2*? Reemplazarle sin atentar á sus derechos.

Por eso, á fuer de comedido suplente, me he de-

tenido en la antesala, dejando intacto el gabinete y el salón.

Me quedo, pues, en el sitio más á propósito para recibir órdenes.

EL ABATE SUSTITUTO.

Las letras y libranzas para pago de suscripciones, se enviarán á la orden del Administrador de LA ÚLTIMA MODA.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Flor blanca del 11 de Octubre.—Transmito á usted, según le había ofrecido, la contestación de Salvi. El dibujo necesario para el bordado de la chaqueta, ó sea un delantero y media espalda, costará á usted 10 pesetas si es sencillo, y 16 pesetas si el dibujo es más compacto y complicado. Salvi dice que, para que el dibujo resulte perfecto, necesita un molde de la chaqueta, cortado en percalina y entallado del mismo modo que ha de quedar ésta después de concluida.

A. P.—Puede usted sujetar las aplicaciones de paño de varios modos diferentes: á punto escondido, cadeneta, punto de Bolonia, ó bien por medio de un delgado cordoncito de seda colocado en los contornos de las aplicaciones.

A. Pilar.—Use usted la *Crema de la Meca* sin el menor temor. Sus resultados son inmejorables. Cuesta 5 pesetas en Madrid, y puede usted enviarlas en libranzas ó sellos de franqueo, sin olvidar de certificar la carta en el segundo de los casos. No se impacienta usted. La novela *Los Millones* se acerca rápidamente al desenlace, y terminará muy pronto.

Bettina.—Su apreciable carta llegó tarde á mis manos para poder ser contestada en el pasado número. Lindos modelos de las prendas que desea, los encontrará usted en los números 90, 104, 121, 128, 130 y 147 de LA ÚLTIMA MODA.—Tomo nota de su señadísimo.

Golondrina.—No se le remitió á usted el número 146 por hallarse agotado.

Perla de Alemania.—Felicito á usted por su restablecimiento, y deseo que no se repita la causa que me ha privado de sus agradables cartas. Supongo en su poder los números de nuestro semanario, y creo inútil recordar á usted que en mí tiene una verdadera amiga para cuanto se le ocurra.

L. V. de U., Madrid.—Si quiere usted adquirir un sombrero y un abrigo elegantes y de última moda, aconsejo á usted que visite el bien montado establecimiento de María Guerrero, Carmen, 6 y 8. Esta acreditada modista ha regresado hace pocos días de su acostumbrado viaje á París y puede ofrecer á las señoras cuantas novedades han sido ideadas este año por la voluble Moda.

Irizgale.—Agradezco á usted en extremo la confianza con que me favorece, y créame orgullosa de la amistad que me concede.—Le fué remitido por segunda vez el último cuaderno de la novela *Martirio*, y espero y deseo que esta vez haya llegado á su poder.

Una ignorante.—Desempeñé su encarguito, y deseare que esté usted satisfecha. Me considero suficientemente pagada con el gusto que me proporciona el ser de alguna utilidad á una persona tan simpática y atenta como usted.

Mariposa.—Hemos remitido á usted las tres cajitas de *Polvos de Candor*, dos blancas y una rosa, según sus indicaciones. No me sorprende en modo alguno lo contenta que se muestra con estos *Polvos*, pues usted recordará que tuvo el gusto de profetizarla que en cuanto los usara una vez, no podría sustituirlos por otros: tales son su aroma y finura incomparables.

L. R. y N.—Viene á ser el color que usted indica.—No; es mejor que deje usted transcurrir algún tiempo.

E. C. B.—He recibido la esquila en que me participa usted su efectuado enlace, y la envío mi felicitación, al mismo tiempo que hago sinceros votos por que sea eterna y completa su ventura.

Norma.—No puedo menos de mostrarme agradecida á su galante deferencia; pero soy mal juez en el asunto, y no me atrevo á decidir por mí sola una cuestión tan difícil. En el figurín acuarela que se repartió con el pasado número, encontrará usted dos elegantísimos modelos de trajes para comida de ceremonia. También está destinado á este objeto un modelo de exquisito gusto y riqueza que describe *Clementina* en su *Carnet*.

—Las tiras de tapicería para muebles y cortinas se encuentran ya empezadas y con las lanas necesarias para su bordado. El precio varía según el ancho y largo de las tiras; pero por 20 ó 30 pesetas puede usted encontrar una á propósito para la butaquita de su gabinete.

A una admiradora de Eiffel.—Efectivamente, no le han engañado á usted. Entre las novedades de este año se encuentran trajes con bordados de piel. Esta se recorta en caprichosos motivos.

¿Qué triste estoy con tu ausencia!—Una parte de la contestación á que alude, estaba dirigida á usted, y la otra parte á otra señora suscritora. Sin duda por distracción unieron en la imprenta las dos respuestas, y esto ha dado origen á sus naturales dudas. A la hora en que escribo estas líneas, aún no hemos recibido carta de nuestro corresponsal.

V. M. de J. P.—Su elección es acertadísima, y prueba un buen gusto nada común.—En uno de los ángulos del salón, y sobre una columna de mármol ó *pelu-*

che.—Está usted obligada á devolver la visita.—No es necesario, y más mediando tales circunstancias.

Isolina B.—El abrigo puede consistir en una chaqueta Luis XIV, ó forma dolmán. Los patrones de una prenda análoga á ésta, costarán á usted dos pesetas.

Tula.—En el caso que usted cita, las mesitas de juego están dispuestas en el mismo saloncito ó gabinete en que se recibe.—Traje de forma sencilla, pero elegante. Las largas esclavinas con cuellos Médicis son muy usadas por las señoritas para salidas de teatros. No es indispensable que sea del mismo color. Mil y mil gracias por sus galanterías.

Covadonga.—Indico á usted, como modelos utilizables para el traje cuya muestra me envía, los grabados 17 y 18 del núm. 148 de nuestro semanario. Por el momento no puedo facilitar á usted las noticias que le son necesarias; pero como mi mayor deseo es complacerla, procuraré enterarme y transmitiré á usted el resultado de mis averiguaciones.

Y. G. de P.—Debe usted colocar la maceta en una jardinera, ó cubrirla con un caprichoso cubretiesto, Cortinajes de terciopelo adornados con bandas de tapicería haciendo juego con las que adornan la sillería. Juego de chimenea de estilo antiguo.

A. P. E., viuda de T.—En estos últimos números han aparecido varios modelos de trajes y abrigos de luto muy á propósito para usted. El azabache mate está admitido, lo mismo que las plumas negras. Guantes de cabritilla negra.—La composición musical que cita usted es lindísima, y no de muchas dificultades.

Lolita.—El escudo se borda en una de las esquinas del pañuelo. Para el bordado de éste, debe usted emplear algodón del núm. 90 ó núm. 100. No olvidaré sus deseos. Trajecito de franela azul ó rosa. Los objetos de bronce dorado se limpian frotándolos ligeramente con una fina gamuza. Elija usted un sombrero de forma pequeña. No vacile usted en dirigirme cuantas preguntas se le ocurran, en la seguridad de que me proporcionará usted un placer.

X. Y y Z.—Mantelería adamascada, marcada con grandes cifras. Tendré muy presentes sus atentas indicaciones.

LA SECRETARIA.

ADVERTENCIA

Todos los días recibimos dos ó tres avisos de la Administración central de Correos anunciándonos cartas que han llegado sin franquear y pidiéndonos los sellos correspondientes para remitirnoslas. Repetimos una vez más que estas cartas se pierden, porque no es posible, dada la

baratura de nuestro periódico, que costeemos las cartas que se nos dirigen. Esto debe explicar á muchas personas el motivo de que no nos enteremos de sus deseos. Así, pues, todas las cartas deben venir franqueadas, único medio de que lleguen á nuestro poder.

EL REGALO DE ESTE NUMERO

Continuación del abecedario á punto de cruz para bordar fundas de sillería, sábanas, toallas, cortinillas, etc. En esta lámina aparecen las letras N, O, P, Q. Las anteriores se han publicado con los números 130, 134 y 146. De este último se han agotado los ejemplares; pero quedan algunos de la plancha con las letras J, K, L, M.

RECETAS DE LA MUJER CASERA

Para limpiar el mármol.—Si el mármol que se quiere limpiar está manchado por materias grasientas, se empapa una muñequita de trapo en sosa cáustica líquida, y se pasa varias veces por la superficie manchada. Se deja secar durante dos horas y se lava de nuevo con una esponja mojada en agua clara. Si la mancha no desaparece, se renueva la operación reemplazando la muñequita por un cepillo duro, mojado en 60 gramos de cloruro, desleídos en un litro de agua. En cuanto se seca esta disolución se aclara con agua, y entonces sí que no resiste la mancha.

MEDITACIÓN

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
que aquel jabón, que es mi vida,
es del Congo, y por mi suerte
voy usando.

Jabonería Victor Vaissier, París.

NOVELAS SELECTAS ILUSTRADAS

Ha terminado la publicación de la interesante y dramática novela

MARTIRIO!

de Adolfo D'Ennery. Las señoras suscriptoras que nos anunciaron su deseo de adquirir esta obra cuando estuviese terminada, pueden hacerlo desde luego, remitiendo á nuestra Administración el importe de los 56 cuadernos, ó

sea 14 pesetas. Asimismo las personas que deseen recibirla por cuadernos semanales pueden pedir uno ó dos, ó los que gusten. La suscripción por cuadernos es permanente, á 25 céntimos de peseta cada cuaderno.

RECLAMACIONES

¡Cuándo llegará el día en que no sea necesaria esta sección! En la semana anterior han reclamado números extraviados, suscriptoras de Puenteareas, Pamplona, Cádiz, Gabia la Grande, Loja, Granada, Motril, Jaca, Totana, Chantada y Bacaicoa. El núm. 146 que llevaba como regalo una plancha del abecedario á punto de cruz, que tanto éxito ha alcanzado, es el que más favor ha logrado entre los aficionados á escamotear números de LA ÚLTIMA MODA. También se han detenido, no se sabe dónde, cinco números remitidos á un suscriptor de Hamburgo (Alemania).

CRÓNICA TRISTE

Siguen sin dar señales de vida y sin pagar sus débitos:

- D. Claudino Pita, de Betanzos.
- D. Gregorio Alonso Lucas, de Zamora.
- D. Antonio Sintés, de Mahón.
- D. Ignacio Jané, de Tarragona.
- D. Antonio Navarrete, de Azuaga.
- D. Luis Ibáñez, de Torre Vieja.
- D. Manuel Rosas, de La Unión.

Tomen buena nota las lectoras para no suscribirse en sus Centros, y los editores para que no vean perjudicados sus intereses.

La Última Moda. Número suelto, servido por los Centros de suscripción, 25 céntimos. Suscripciones directas.—En la Península: tres meses, 3 pesetas. Sels, 6. Un año, 12. Por comisionado, 50 céntimos más cada trimestre.—Cuba y Puerto Rico: Un año, 5,30 pesos oro.—Filipinas: 6 p. f.—Portugal: seis meses, 1 600 reis. Un año, 3 000.

Son Agentes exclusivos de LA ÚLTIMA MODA: en Cuba, D. Juan Juli, Habana; en Puerto Rico, "La Propaganda Literaria"; en México, los señores J. Ballester y Compañía; en Buenos Aires, don Marce. lino Bordoy; en la República del Uruguay, don Francisco Arroyo; en Venezuela, los Sres. Graells hermanos; en el Ecuador, D. Pedro Janer; en Bucaramanga, los Sres. Calderón y Lamus; en Guatemala, D. Antonio Partegás y en Portugal, M. d. e. y C.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

La VELOUTINE

POLVO BLANCO especial PREPARADO AL BISMUTO

Por CH. FAY, Perfumista

9, rue de la Paix, 9, PARIS

PERFUMERIA DE CANDOR

De M. Félix Manent, químico

PARIS

Polvos de Candor (Blanco, Rosa y Rachel). Precio en Madrid, en nuestra Administración: 4 pesetas caja.

Pomada de Candor: en Madrid, 10 pesetas el bote.

Agua dentífrica de Candor. El frasco pequeño, 2,50 pesetas en Madrid. El frasco grande: 4 pesetas.

Agua de Lavanda de Candor. El frasco: 2,50 pesetas en Madrid.

Agua de ron y quina, para fortalecer el cabello. El frasco: 3 pesetas en Madrid.

Jabón de Candor. La pastilla, 1 peseta en Madrid.

Extractos concentrados. El frasquito elegantemente preparado: 2,50 pesetas en Madrid.

La Administración de LA ÚLTIMA MODA se encarga de remitir á sus suscriptoras de provincias los anteriores productos, corriendo á cuenta de las mismas los gastos de porte, y 0,25 pesetas por cada pedido, por gastos de embalaje.

CREMA DE LA MECA

Dusser, inventor.

Conserva la pureza y la frescura del cutis, le blanquea discretamente y hace desaparecer todas las pequeñas imperfecciones.—Se vende en la Administración de LA ÚLTIMA MODA, al precio de 5 pesetas.

LAMPARILLAS SUMERGIBLES

de doble servicio.



MUY LIMPIAS Y BONITAS

Treinta horas de hermosa claridad con los aceites malos y cuatro días con los clarificados.

La caja para 100 servicios: 25 céntimos.

En todos los bazares y quincallerías. Naveau y C.^a 22, rue Dussoubs, París.

PERFUMERIA HIGIÉNICA DE MARTIAL

París.

DENTÍFRICOS CON BASE DE BERRO

Propiedad exclusiva de la casa Martial.

Eliminar dentífrico. Precios en Madrid: 4 pesetas el frasco grande, 3 el mediano, 1,50 el pequeño.

Pasta dentífrica. En Madrid: 1 peseta.

Polvos dentífricos. La caja en Madrid: 1,50 pesetas.

La Administración de LA ÚLTIMA MODA remite á sus suscriptoras de provincias estos acreditados específicos, corriendo á cuenta de las mismas los gastos de porte.

HORQUILLAS INGLESA PARA EL RIZADO Y ONDULADO DEL CABELLO.—Aparatos sumamente delgados que, sin necesidad de calentarlos, rizan el cabello en breve tiempo.—*Horquilla Mignon.* La caja con cuatro horquillas: 1,50 pesetas en Madrid, 2,50 en provincias.—*Horquilla Patti.* La caja con cuatro horquillas: 2 y 3 pesetas.—*Horquilla princesa de Gales.* La caja, 3 y 4 pesetas.—*Onduladora Margarita.* La caja, con dos horquillas, 2 y 3 pesetas.—*Horquilla Angélica.* 2 y 3 pesetas.—Diríjanse los pedidos á la Administración de LA ÚLTIMA MODA

PILDORAS DE BLANCARD

CON Yoduro de Hierro Inalterable

NEW-YORK Aprobadas por la Academia de Medicina de París, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.

PARIS 1853 1855

Participando de las propiedades del Iodo y del Hierro, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el germen escrofuloso (tumores, obstrucciones y humores fríos, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clorosis** (colores pálidos), **Leucorrea** (flores blancas), la **Amenorrea** (menstruación nula ó difícil), la **Tisis**.

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B.—El Ioduro de Hierro impuro ó alterado es un medicamento inofensivo é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard**, exíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la Unión de Fabricantes.

Farmacéutico de París, calle Bonaparte, 40

DESCONFIÉSE DE LAS FALSIFICACIONES

Harina azoada lacteada

preparada por J. Stedman de Londres. Es el mejor alimento para los niños y personas débiles. Se vende á 3 pesetas lata de medio kilo en las mejores farmacias, droguerías, y tiendas de ultramarinos.

Depósito: Mayor, 23, coloniales.

Agente de publicidad de «La Última Moda» en Alemania: H. Eisler.—Hamburgo.



GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

NOVEDADES

Remítase gratis y franco

el Catálogo general ilustrado, en lengua española ó francesa, encerrando los nuevos modelos para la **ESTACIÓN DE INVIERNO**, á quien le pida á

MM. JULES JALUZOT & C^{ia}

PARIS

Se remiten igualmente libres de franqueo las muestras de los tejidos que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquense las clases y precios.

Expediciones á todos los Países del Mundo

El Catálogo indica las condiciones de envíos francos de portes y aduanas.

Casas de Reexpedición:

En Madrid: Plaza del Angel, 12—entlo-deha—Irún—Port-Bou—Hendaye—Cerbère.

Estas casas han sido creadas para facilitar y acelerar la reexpedición de nuestros envíos que llegan á su destino sin que el cliente tenga que ocuparse de nada.

Correspondencia en todas Lenguas